

El hombre y la cultura

por
Alexei Leontiev

Fuente:

El texto corresponde al capítulo 3 del libro *El hombre nuevo*, editado por Martínez Roca, S.A. Barcelona, 1969

-oooOooo-

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2013

HACE ya mucho tiempo que se considera al hombre como un ser aparte, cualitativamente diferenciado de los animales. La acumulación de conocimientos biológicos le permitió a Charles Darwin elaborar su célebre teoría de la evolución. Esta teoría hizo triunfar la idea de que el hombre es el producto del desarrollo gradual del mundo animal, que su origen es animal. Luego, la anatomía comparada, la paleontología, la embriología y la antropología proporcionaron innumerables pruebas nuevas en apoyo de ese hecho.

Sin embargo, el pensamiento de que el hombre difiere de modo esencial de los animales, aun de los más desarrollados, ha seguido manteniéndose con solidez en la ciencia. Por el contrario, las opiniones difieren cuando se trata de definir esa diferencia y de explicarla.

Las principales controversias científicas han tenido por objeto el papel de las particularidades y de las propiedades biológicas innatas del hombre. La exageración grosera de ese papel ha servido de base teórica a las concepciones más reaccionarias; una visión exclusivamente biológica del hombre conduce al racismo. La ciencia progresista toma, por el contrario, como punto de partida, el hecho de que el hombre es, fundamentalmente, un ser social, que todo cuanto en él es «humano» proviene de su vida en la sociedad, en el seno de la cultura creada por la humanidad.

En el último siglo, poco después de la publicación de *El origen de las especies*, Engels sostuvo la idea del origen animal del hombre y mostró, al mismo tiempo, que éste difería en forma profunda de sus antepasados animales, cuya hominización efectuóse cuando pasaron a la vida en sociedad basada en el trabajo, y que el paso cambió su naturaleza y señaló el comienzo de un desarrollo que, contrariamente a lo que ocurre en los anima-

les, no está ya sometido a las leyes biológicas, sino a leyes nuevas; leyes socio-históricas.¹

Los últimos descubrimientos de la antropología permiten afirmar que el paso del animal al hombre es un proceso muy largo que comprende toda una serie de estadios. El primero de éstos es el de la preparación biológica del hombre. Comienza a fines del terciario y llega hasta los comienzos del cuaternario. Los australopitécos, que vivían en ese período, eran animales que andaban de manera vertical al modo de la vida gregaria; empleaban útiles groseros y no trabajados. Probablemente conocían algunos medios rudimentarios para comunicarse entre ellos. En este estadio aún reinaban, únicas, las leyes de la biología.

El segundo estadio importante, que comprende una serie de grandes etapas, puede considerarse como el del paso al hombre. Va desde la aparición del pitecántropo hasta la época del hombre de Neanderthal, inclusive. En este período es cuando aparecen algunos útiles, así como formas embrionarias de trabajo y de sociedad. La evolución del hombre continúa sometida a las leyes biológicas, es decir, se manifiesta, como antes, por modificaciones anatómicas transmitidas de generación en generación bajo la acción de la herencia. Pero al mismo tiempo se advierten algunos elementos nuevos. Se trata de cambios en la estructura anatómica humana que interesan al cerebro, los órganos de los sentidos, las manos y los órganos vocales. Estos cambios se producen, pues, bajo la creciente influencia del trabajo y de los intercambios verbales que aquéllos engendran. En resumen, el desarrollo biológico del hombre se cumple bajo la influencia del desarrollo de la producción. Pero la producción es, desde su comienzo, un proceso social que se desarrolla según sus propias leyes objetivas, que son leyes sociohistóricas. Por eso la biología se «inscribe» en la estructura anatómica del hombre cuando comienza la historia de la sociedad humana.

Así convertido en sujeto del proceso social del trabajo, el hom-

¹ Ver: F. Engels; *Dialéctica de la naturaleza*. Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947.

bre evolucionó bajo la influencia de dos tipos de leyes; en primer lugar, las leyes biológicas, en virtud de las cuales operóse la adaptación de sus órganos a las condiciones y las exigencias de la producción; en segundo lugar, por intermedio de esas leyes iniciales, otras leyes —sociohistóricas—, que rigieron el desarrollo de la producción y los fenómenos engendrados por ésta.

Subrayemos que muchos autores contemporáneos estiman que toda la historia del hombre sigue sometida a esos dos tipos de leyes. En seguida de Spencer hay quienes afirman que el desarrollo de la sociedad —o, como prefieren decir, del medio «supraorgánico» (es decir, social)— tiene por único objeto la creación de las condiciones de existencia particularmente complejas, a las que los hombres se adaptan de manera biológica. Esta hipótesis no resiste el examen. En realidad, la formación del hombre pasó, además, por otro estadio —el tercero—, en el que el respectivo papel de las leyes biológicas y sociales sufrió una nueva modificación. Se trata de la aparición del hombre contemporáneo, el «homo sapiens». Es el giro capital en la evolución humana, que se libera de modo definitivo de su dependencia frente a los cambios biológicos, necesariamente lentos, hereditariamente transmitidos. En adelante, la evolución queda sometida, en forma exclusiva, a las leyes sociohistóricas. El antropólogo soviético I. Roguinski describe ese giro de la siguiente manera:

«De aquel lado de la frontera, es decir, en el hombre en formación, la actividad de trabajo estaba íntimamente ligada a la evolución morfológica. De este lado de la frontera, en el hombre contemporáneo, "completamente formado", la actividad de trabajo se efectúa independientemente de la evolución morfológica.» »26²

Ello significa que el hombre definitivamente formado ya posee todas las propiedades biológicas necesarias para que su desarrollo sociohistórico posterior sea ilimitado. En otros términos,

² L Roguinski y M. Levin, *Osnovy antropologii* (Los fundamentos de la antropología), Moscú, 1955.

el hombre ya no necesita sufrir cambios biológicos hereditarios para adquirir una civilización cada vez más elevada. De acuerdo con la expresión de A. Vandel, «la humanidad se ha liberado del despotismo de la herencia» y puede desarrollarse a un ritmo que el mundo animal no conoce.²⁷³

En efecto, durante las cuatro o cinco decenas de milenios que nos separan de la aparición de los primeros representantes de la especie *homo sapiens*, *la vida* de los hombres ha sufrido, con un ritmo cada vez más acelerado modificaciones sin precedente. Pero las particularidades biológicas de la especie no se han reformado, o, con más exactitud, las modificaciones no han traspuesto los límites de las variaciones reducidas, sin mayor importancia en las condiciones de la vida social.

De ninguna manera pretendemos que las leyes que rigen la variación y la herencia dejan por completo de actuar y que la naturaleza del hombre, una vez constituida, no sufre cambio alguno. El hombre no se ha sustraído del todo al campo de acción de las leyes biológicas. Y deseamos decir algo más; las modificaciones biológicas transmisibles por la herencia no determinan el desarrollo social e histórico del hombre y de la humanidad. Este se produce merced a fuerzas que no son la variación y la herencia biológicas. El biólogo ruso Timiriázev, en su libro consagrado a la evolución expresó muy bien este pensamiento cuando escribió:

«La teoría de la lucha por la existencia se detiene en el umbral de la civilización. Toda la actividad razonable del hombre está constituida por un combate constante, el combate contra la lucha por la existencia, para que todas las personas de la tierra puedan satisfacer sus necesidades, para que no conozcan la privación, el hambre ni la muerte lenta»...²⁸⁴

³ A. Vandel, «Le processus de l'homínisation», en *Le phénomène humain*, París, 1958.28

⁴ K. Timiriázev, *Istoricheski metod v biologuii* (El método histórico en biología), Obras escogidas, t. III, Moscú, 1949.

II

La «hominización», como proceso que implica importantes modificaciones en la organización física del hombre, concluye con el advenimiento de la historia social de la humanidad. Hoy esta idea ya no parece paradójica. Baste con decir, por ejemplo, que durante el simposio científico acerca del problema de la «hominización», llevado a cabo recientemente en París,⁵ fue sostenida por la mayoría de los especialistas.

Entonces, ¿cómo se efectúa la evolución de los hombres y cuál es su «mecanismo»? En efecto, también el hombre y sus condiciones de vida han seguido transformándose en el curso de la historia. Las adquisiciones acumuladas durante la evolución se han transmitido de generación en generación, que era lo único que podía asegurar la continuidad del progreso histórico. Y esas adquisiciones han sido, por lo tanto, fijadas. Pero si ello no pudo ocurrir bajo la acción de la herencia biológica, como ya vimos, ¿de qué modo puede explicarse la fijación? Pues porque se produjo de una manera absolutamente nueva, que apareció por primera vez con la sociedad humana; bajo la forma de fenómenos externos de la cultura material y espiritual. Esta forma particular de fijación y de transmisión a las generaciones posteriores de las adquisiciones de la evolución debe su aparición al hecho de que la actividad del hombre, diferente de la del animal, es creadora y productiva. Lo cual es cierto, sobre todo, respecto de su principal actividad; el trabajo.

Los hombres, en su actividad, no se conforman con adaptarse a la naturaleza. Transforman a esta en función de sus necesidades en evolución. Inventan objetos capaces de satisfacerlos, y crean medios para producir estos objetos; herramientas y luego máquinas muy complejas. Construyen viviendas, tejen vestidos, producen otros valores materiales. La cultura espiritual de los hombres se desarrolla con el progreso de la producción de

⁵ El autor se refiere al año 1961. (N. del E.)

bienes materiales; sus conocimientos acerca del mundo circundante y acerca de ellos mismos aumentan, y la ciencia y el arte adquieren vigor. En el curso de esa actividad, sus aptitudes, sus conocimientos y su habilidad, cristalizan, por así decir, en los productos materiales y espirituales. Por eso todo progreso en el perfeccionamiento de las herramientas, por ejemplo, puede considerarse desde este punto de vista, como el hito de un nuevo grado en el desarrollo histórico de las aptitudes motrices del hombre. La gradual complicación de la fonética en las lenguas es, en este sentido, la encarnación de los éxitos obtenidos en la articulación de los sonidos y el oído verbales. El progreso de las bellas artes es la encarnación del desarrollo estético, etc.

En la vida cada generación comienza en un mundo de objetos y fenómenos creados por las generaciones precedentes. Asimila estas riquezas con su participación en el trabajo, en la producción y en las diversas formas de la actividad social que han cristalizado, que se han encarnado en este mundo. Hasta la capacidad de emplear un lenguaje articulado sólo de forma, para los representantes de cada generación, mediante la asimilación de una lengua históricamente formada y en función de sus particularidades objetivas. Lo mismo ocurre con el desarrollo del pensamiento y la adquisición *de* los conocimientos. Ninguna experiencia individual, por rica que fuere, - puede conducir por sí sola a la formación de un pensamiento abstracto lógico o matemático, o a la formación espontánea del sistema de conceptos correspondiente. Para ello sería menester no una vida, sino miles y miles de vidas. De hecho, los hombres sólo pueden adquirir la facultad de pensar y los conocimientos gracias a la asimilación de lo que ya adquirieron las generaciones anteriores.

La ciencia dispone, ahora, de la suficiente cantidad de hechos verificados para afirmar que si algunos niños se desarrollaran desde su más tierna edad al margen de la sociedad y de los fenómenos engendrados por ésta, permanecerían en el nivel animal. No sólo no adquirirían la palabra ni el pensamiento, sino que además sus movimientos no tendrían nada humano. Baste decir que ni siquiera poseerían el andar erecto propio del

ser humano. Y se conocen algunos casos a la inversa. Trátase de niños provenientes de poblaciones que se encuentran en el más bajo nivel de desarrollo económico y cultural; se les ha educado, desde muy temprano, en medio de una civilización avanzada. Y se han formado todas las aptitudes necesarias para integrarse a ésta. He de referirme al ejemplo que cita H. Piéron.⁶ Los guayaquiles, una tribu del Paraguay, pertenecen a una de las poblaciones más atrasadas que en la actualidad se conocen. A su modo de vida se le ha dado el nombre de civilización «de la miel» porque uno de los medios de existencia es la búsqueda de la miel silvestre. Es muy difícil entrar en contacto con ellos, pues carecen de un habitat fijo. Apenas se les acerca un extraño huyen a la selva. No obstante, pudo atraerse a uno de sus niños, de siete años. Esto permitió conocer su lengua, que se consideró extremadamente primitiva. Más tarde, el etnólogo francés Vellard encontró una chiquilla de dos años más o menos en un campamento abandonado. Su educación confiése a la madre del científico. Al cabo de veinte años (1958), su nivel intelectual en nada se distinguía del de una europea culta. Ahora es etnógrafa y habla el francés, el español y el portugués.

Estos ejemplos y muchos otros muestran con claridad que las aptitudes y propiedades que caracterizan al hombre no se transmiten a título de herencia biológica, sino que se forman en el curso de la vida merced a la asimilación de la cultura creada por las generaciones precedentes. De ahí que todos los hombres contemporáneos (normales, se entiende), cualquiera que sea el grupo étnico a que pertenezcan, posean las posibilidades adquiridas a raíz de la formación del hombre, que permiten, si se cuenta con las condiciones necesarias, el desarrollo que el mundo animal conoce.

Puede decirse que cada individuo, tomado aparte, aprende a convertirse en hombre. Para vivir en sociedad no le basta con lo que la naturaleza le otorga al nacer. Debe asimilar lo que ha alcanzado la humanidad en el curso de su desarrollo 'histórico.

⁶ H. Piéron, *De l'actinie a l'homme*, v. 2, P.U.F., París, 1959.

El individuo halla en sí todo un océano de riquezas acumuladas a lo largo de los siglos por innumerables generaciones de hombres, que en nuestro planeta son los únicos seres creadores. Las generaciones desaparecen y se suceden, pero lo que crean pasa a las siguientes, que, a su vez, multiplican y perfeccionan la herencia de la humanidad.

Marx fue quien primero suministró un análisis teórico de la naturaleza social del hombre y de su evolución socio-histórica. Escribe: «Cada una de sus relaciones [del hombre] humanas con el mundo —la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, el pensamiento, la contemplación, el sentimiento, la voluntad, la actividad, el amor— en resumen, todos los órganos de su individualidad son, de inmediato, sociales; son, en su comportamiento objetivo o en su relación con el objeto, la apropiación de éste, de la realidad humana».31 ⁷ Estas líneas tienen más de un siglo, pero constituyen la más profunda reflexión que nunca se haya hecho acerca de la verdadera naturaleza de las aptitudes humanas, o como decía Marx, de las «fuerzas esenciales del hombre».

III

El problema de la evolución del hombre, considerado en su vinculación con el de la cultura social, plantea toda una serie de problemas. Trátase en primer término, de definir en qué consiste la asimilación por parte del individuo de los resultados del desarrollo de la sociedad, y cómo se produce. Ya hemos visto que la experiencia sociohistórica de la humanidad se acumula en forma de fenómenos del mundo exterior objetivo. Este último —el mundo de la industria, de la ciencia y del *arte* —*expresa* la verdadera historia de la naturaleza humana, el resultado de su transformación histórica. El mundo es quien le entrega al hombre lo que es humano.

Pero ¿en qué consiste el proceso de asimilación del mundo

⁷ C. Marx, Manuscrito del 1844, Ed. Sociales, 1962, p. 91.

creado por la historia humana, proceso que es, al mismo tiempo el de la formación en el hombre de las facultades específicamente humanas?

En primer lugar hay que subrayar que este proceso siempre es activo. Para asimilar los objetos o los fenómenos creados por la historia es necesario desplegar una actividad que de alguna manera reproduce en sí los rasgos esenciales de la evolución encarnada, acumulada en el objeto mismo.

A fin de hacerme comprender tomaré un ejemplo muy sencillo; ¿cómo aprender a valerse de una herramienta?

La herramienta es el producto de la cultura material que posee, en la forma más evidente y material, los principales rasgos de las creaciones humanas. No es sólo un objeto poseedor de determinada forma y de ciertas propiedades físicas; es, al mismo tiempo, un objeto social en el que se han concretado y fijado operaciones de trabajo históricamente elaboradas. La presencia de esos rasgos sociales y al mismo tiempo ideales la diferencian de las «herramientas» que emplean los animales y con las que también ejecutan ciertas operaciones. Los monos, por ejemplo, pueden aprender a valerse de un palo para alcanzar la fruta. Pero estas operaciones no se fijan en herramientas como futuros encargados permanentes de tales operaciones. Una vez que el palo ha cumplido su misión en la mano del mono vuélvese indiferente para éste. Por eso los animales no conservan sus «herramientas» y no las transmiten de una generación a otra. No pueden pues, efectuar esa «acumulación» de las funciones que caracteriza a la cultura (J. Bernal).⁸ Esto explica, igualmente, por qué los animales no pueden asimilar el empleo de sus «herramientas»; el empleo de la misma no forma una nueva operación motriz; está sometido a los movimientos naturales e instintivos en el sistema a que se integra.

Por el contrario, el empleo de las herramientas por el hombre tiene un carácter completamente distinto. La mano forma parte del sistema —desarrollado en el curso de la historia social— de

⁸ J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1954.

las operaciones encarnadas por la herramienta, y está sometida a ella. Con la asimilación de la utilización de las herramientas, el hombre modifica sus movimientos naturales e instintivos y adquiere, en el curso de su vida, nuevas facultades motrices más perfeccionadas. «Para un individuo —escribe Marx— asimilar el empleo de cierto conjunto de herramientas equivale a desarrollar cierto número de aptitudes.»

Asimilar el empleo de una herramienta significa, por lo tanto, para el hombre asimilar las operaciones motrices encargadas en esa herramienta. Este proceso es, al mismo tiempo, el de la formación en el hombre de aptitudes nuevas y superiores —lo que se denomina funciones psicomotrices que humanizan su campo motor. Esto es igualmente cierto en lo que atañe a la asimilación de los fenómenos en el campo de la cultura espiritual. Así, aprender una lengua no es sólo aprender a efectuar con palabras las operaciones históricamente fijadas en su significación, es también asimilar la fonética del lenguaje que se produce al aprender las operaciones que realizan la constancia del sistema fonológico objetivo de esa lengua. En el curso de esos procesos el hombre adquiere sus funciones de articulación y de locución-audición, así como la actividad cerebral central que los fisiólogos llaman «segundo sistema de señalización» (Pavlov).

Todos estos rasgos psicofisiológicos no son innatos sino que los forma el lenguaje. Si conocéis los rasgos específicos de la lengua, podéis estar seguros de describir algunos de ellos sin necesidad de efectuar una investigación. De modo que si sabéis que la lengua materna de un grupo de individuos pertenece a la categoría tonal, podéis estar seguros de que todos poseen una audición tonal muy desarrollada (Taylor, Leontiev, Guippenreuter).³³ ⁹

Lo que caracteriza sobre todo la asimilación (o la apropiación)

⁹ J. G. Taylor, «Towards a science of mind», en *Mind*, v. LXVI, n.º 264, 1957; A. Leontiev H. Guippenreuter, «La influencia de la lengua materna en la formación del oído» (en ruso), en *Doklady Akademii Pedagogicheskij naúk*, 1952, 2.

de la cultura es, por consiguiente, el hecho de que crea en el hombre nuevas aptitudes, nuevas funciones intelectuales. Gracias a eso difiere de modo fundamental del aprendizaje animal. En tanto que este último es el resultado de una adaptación individual del comportamiento de la especie a condiciones de existencia cambiantes y complejas, la asimilación es para el hombre un proceso de reproducción, en las aptitudes del individuo, de las propiedades históricamente formadas de la especie humana. Un autor moderno tiene absoluta razón cuando dice, a este propósito, que el animal se limita a desarrollar su naturaleza, mientras que el hombre construye en forma activa la suya.

¿De qué modo puede ser posible este proceso en el plano fisiológico? ¿Cómo se desarrolla? Estamos ante un problema muy difícil. Por una parte los hechos muestran que las aptitudes y las funciones que se han desarrollado en el curso de la historia social de la humanidad no se ha fijado en el cerebro de los hombres y no se transmiten bajo la acción de las leyes de la herencia. Por otra parte, es del todo evidente que ninguna aptitud o función puede ser nada más que la función de un o de un conjunto de órganos. Uno de los éxitos más importantes de la investigación fisiológica y psicológica de nuestra época es haber hallado la solución de esta contradicción.

Desde los trabajos de Wundt nos encontramos con la idea de que el carácter específico de la actividad puede explicarse por el hecho de que se basa, no en las funciones fisiológicas elementales del cerebro, sino en las combinaciones formadas en el curso de desarrollo individual.¹⁰ Pavlov dio un paso nuevo y decisivo en la solución del problema al descubrir el principio del trabajo de los sistemas de los grandes hemisferios cerebrales.¹¹ A. Ujtomski, contemporáneo de Pavlov formuló la idea de que había órganos fisiológicos o funcionales especiales en el sistema nervioso: «Tenemos la costumbre de pensar que un

¹⁰ W. Wundt, *Grundzüge der physiologischen Psychologie*, Bd. I, 1908.35

¹¹ Pavlov, *Dvatsatitennii opyt* (Veinte años de experiencia), en *Obras Completas*, t. III, libro I, Moscú, 1951.

órgano es algo morfológicamente constante [...] No creo que eso sea del todo necesario. Estaría de acuerdo con el espíritu de la ciencia moderna estimar que no es obligatorio.» 36.¹²

¿Qué son los órganos funcionales del cerebro? Son órganos que funcionan de la misma manera que los habituales, morfológicamente permanentes. La diferencia estriba en que son neoformaciones aparecidas durante el desarrollo individual (ontogénico). Constituyen el sustrato material de las aptitudes y funciones específicas que se forman cuando el hombre asimila el mundo de los objetos y de los fenómenos creados por el hombre, es decir, las obras de la cultura. Hoy por hoy sabemos lo bastante de las particularidades y los mecanismos formadores de esos órganos para crear sus «modelos» experimentales en el laboratorio. Por otra parte, podemos representarnos con más claridad en qué se ha expresado la hominización del cerebro, qué ha permitido el desarrollo ulterior del hombre a las leyes sociohistóricas, y por consiguiente, acelerarlo de modo considerable; se ha expresado por el hecho de que la corteza cerebral, con sus quince mil millones de células nerviosas, se ha convertido en un órgano capaz de formar a su vez órganos funcionales.

IV

Hasta aquí hemos considerado el proceso de asimilación como el resultado de la actividad del individuo respecto de los objetos y fenómenos del mundo circundante creado por el desarrollo de la cultura humana. Hemos dicho que esta acción debe ser adecuada, vale decir, que debe reproducir los rasgos de la actividad humana que ha cristalizado (acumulada) en el objeto o el fenómeno dado, o, con más precisión, en los sistemas que forman. ¿Podemos deducir de ello que esa actividad adecuada se forma en el hombre o en el niño bajo la influencia de los

¹² A. Ujtomski, *Dominanta Kak factor povedenia* (La dominante como factor del comportamiento), en *Obras*, t. I, Leningrado, 1950.

objetos o de los fenómenos en sí? Semejante conclusión sería evidentemente falsa. El hombre no está simplemente a solas con su medio circundante. Sus relaciones con el mundo son siempre mediatizadas por sus relaciones con los demás hombres. Su actividad siempre está inserta en una comunicación, aun cuando esté exteriormente solo. Esta comunicación, ya sea en su forma exterior original de actividad en común, o como cambios verbales, o simplemente mentales, es la condición necesaria y específica de la vida del hombre en sociedad. Es también la condición necesaria para la formación en el niño, en todo individuo, de una actividad adecuada, que de alguna manera implican en sí los objetos y los fenómenos que fijan las adquisiciones de la cultura material y espiritual de la humanidad. La comunicación es pues la segunda condición necesaria para la asimilación. Constituye su «mecanismo» exterior.

Expresemos eso mismo con otros términos. Las adquisiciones del desarrollo histórico de la humanidad no son simplemente dadas al hombre en los fenómenos objetivos de la cultura material y espiritual que las encarnan; sólo le son ofrecidas en ellos. Para assimilarlas, para hacer de ellas sus propias aptitudes, los «órganos de su individualidad», el niño debe entrar en relación con los fenómenos del mundo circundante por medio de otros hombres, es decir, debe comunicarse con ellos. Debido a este proceso, el hombre hace el aprendizaje de una actividad adecuada. Este proceso es, por consiguiente, debido a su función, un proceso de educación.

Por supuesto, puede el proceso revestir formas muy diversas. En un comienzo, en las primerísimas etapas del desarrollo de la sociedad humana, tal cual como en los niños muy pequeños, es una simple imitación de los actos del contorno, pero que se operan bajo su control y con su intervención. Luego, ello se torna más complejo y especializado. Aparecen formas como la educación escolar, distintos géneros de instrucción superior, y por último, la autoeducación. Pero lo esencial consiste en que el proceso es obligatorio, porque de otra manera la transmisión de las adquisiciones del desarrollo social e histórico de la humanidad a las generaciones siguientes sería imposible, y esto

haría imposible la continuidad de la historia.

Para ilustrar esta idea tomaré un ejemplo sacado del libro *de* Henri Piéron que cité antes. Si a nuestro planeta le ocurriera una catástrofe a la que sólo sobrevivieran los niños pequeños, el género humano no desaparecería, pero la historia de la humanidad se vería inevitablemente interrumpida. Los tesoros de la cultura continuarían materialmente existiendo, pero no habría quien les descubriera su uso a las jóvenes generaciones. Las máquinas quedarían inactivas, los libros no serían leídos, las producciones artísticas perderían su función estética. La historia de la humanidad debería recomenzar por el principio.

El progreso de la historia es, por lo tanto, imposible sin la transmisión activa de las adquisiciones de la cultura humana a las generaciones nuevas; es imposible sin la educación.

Cuanto más progrese la humanidad, más ricos serán los resultados acumulados por la práctica social e histórica, y más importante será el papel de la educación, así como más compleja su tarea. Por eso toda etapa nueva en el desarrollo de la humanidad, como en el de todo pueblo en particular, requiere de modo inevitable una etapa nueva en el desarrollo de la educación de las generaciones en ascenso. La sociedad concede más tiempo al período de formación, y aparecen establecimientos de enseñanza. La instrucción adquiere formas especializadas, y se diferencian las profesiones del educador y el docente. Se enriquecen los programas, se mejoran los métodos de enseñanza, y la ciencia pedagógica se desarrolla. El lazo entre el progreso histórico y el de la educación es tan fuerte, que se puede definir el nivel de la educación por el del desarrollo histórico de la sociedad, y viceversa.

La educación, el aprendizaje y la instrucción, así como historia, sus rasgos específicos y lo que se aguarda de ellos en la época contemporánea; todo forma un tema particular, muy vasto, por lo demás. Claro está que no puedo examinarlo en sus detalles. Mi finalidad ha consistido sólo en mostrar el papel de la educación (considerada en su acepción amplia) en el desarrollo de la humanidad. Pero ello no agota, desde luego, el problema del

hombre y la cultura. Otros problemas se plantean. Uno de los más importantes es el de la desigualdad cultural entre los pueblos, y a él paso de inmediato.

V

Hasta ahora hemos examinado el desarrollo de un individuo humano que llega indefenso al mundo y que sólo posee al nacer nada más que una aptitud que lo hace fundamentalmente distinto de sus antepasados animales: la capacidad de formarse aptitudes específicamente humanas. Si no está desprovisto de disposiciones innatas que lo individualicen y signen su desarrollo con su tilde, aquello no se expresa de modo directo en el contenido o el nivel de su desarrollo intelectual, sino sólo en algunos rasgos especiales, principalmente dinámicos de su actividad; tal es el caso, por ejemplo, de los tipos congénitos de actividad nerviosa superior.

Por otra parte, ya vimos cuál es la única fuente verdadera que le permite al hombre desarrollar sus poderes y aptitudes que resultan del desarrollo histórico y social. Son los objetos que contienen en sí la actividad de las generaciones anteriores, que son el resultado del desarrollo intelectual de la especie humana, del desarrollo del hombre en cuanto a ser genérico (Marx). Pero también este concepto contiene cierta abstracción científica, del mismo modo que los conceptos de «humanidad», «cultura humana», «genio humano». Ciertamente es que podemos representarnos las conquistas inagotables del desarrollo de la humanidad, que han multiplicado miles y miles de veces las fuerzas físicas e intelectuales del hombre, o bien los conocimientos acumulados por el hombre y que penetran los más recónditos secretos del universo, o bien las obras de arte, que elevan los sentimientos. Pero ¿están estas adquisiciones al alcance de todos los hombres? No; sabemos muy bien que no es así, que a menudo son, para muchos de ellos, inalcanzables.

A esta altura debo retomar el paralelo entre la evolución biológica y el progreso histórico, entre la naturaleza animal y la del hombre.

La perfección de la adaptación de los animales al medio, y la «sabiduría», la riqueza y la complejidad de sus instintos y de su comportamiento son impresionantes. Todo ello proviene de su evolución específica, de la acumulación de la especie. Claro está que parecería muy poca cosa en comparación con el desarrollo histórico del hombre; pero si se hace abstracción de las pequeñas variaciones individuales sin importancia, esas adquisiciones son el hecho de todos los individuos de una especie determinada, y al naturalista le basta con estudiar uno o varios de éstos para tener una noción correcta de la especie en su conjunto. Para el hombre la situación es totalmente diferente. La unidad de la especie humana parece que no existiera. Esto no deriva, desde luego, de las diferencias en el color de la piel, la forma de los ojos ni otros rasgos puramente exteriores, sino de las grandes diferencias que existen en las condiciones y los modos de vida, la riqueza de la actividad material y mental de los hombres y el nivel de desarrollo de sus fuerzas y aptitudes intelectuales.

Si un ser inteligente llegado de otro planeta describiera, al visitar la Tierra, las aptitudes físicas, mentales y estéticas, las cualidades morales y las particularidades del comportamiento de la gente que vive en las distintas regiones y países del mundo y que pertenece a distintas clases o capas sociales, apenas podría creer que se trata de individuos de una sola y misma especie. La desigualdad no estriba en diferencias biológicas naturales. Es creada por la desigualdad económica, la desigualdad de clase y la diversidad consecutiva de las relaciones que las vinculan a las adquisiciones que encarnan el conjunto de las fuerzas y de las aptitudes de la naturaleza humana formadas en el curso del proceso sociohistórico.

El hecho de que estas adquisiciones se fijan en los productos objetivos de la actividad humana cambia de modo total, como hemos visto, el tipo mismo del desarrollo. Este se evade de la dominación de las leyes biológicas, se acelera y ve cómo se le

abren perspectivas inimaginables en las condiciones de una evolución que haya madurado por las leyes de la variación y la herencia. Pero este mismo hecho conduce a que los resultados del desarrollo histórico puedan separarse de los hombres, que son sus creadores. Esta separación adquiere, en primer término, una forma práctica que es la de la alienación económica de los medios de elaboración y de los productos del trabajo frente a los productores inmediatos. Lo cual comienza con el principio de la división social del trabajo, de las formas de propiedad privada y de la lucha de clases.

La causa estriba, pues, en las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad, independientes de la conciencia y de la voluntad de los hombres.

La división social del trabajo transforma el resultado del trabajo en un objeto de cambio, y este hecho modifica de modo radical la relación entre el obrero y el producto que éste ha fabricado. Este último, aunque haya sido fabricado por el hombre, pierde su carácter completamente impersonal y comienza a tener una existencia especial independiente del hombre; es una mercancía. Al mismo tiempo, la división social del trabajo induce a una situación en la que la actividad intelectual y material, el goce y el trabajo, la producción y la consumición están separados entre sí y corresponden a diferentes personas. Por eso, mientras en la actividad global de los hombres se hace cada vez más rica y diversificada, la de cada individuo, considerado aparte, adquiere un carácter limitado y se empobrece. La limitación y el empobrecimiento pueden tornarse extremos cuando un obrero, por ejemplo, gasta todas sus fuerzas en efectuar una operación cualquiera y única que se repite de manera continua miles y miles de veces.

En el capitalismo, hasta esta actividad limitada y unilateral es enajenada del hombre, como si perdiera la riqueza de su contenido. Los obreros fabrican máquinas, palacios, libros, etc., se convierten para ellos en cierto número de productos de primera necesidad. No ocurre de modo distinto, desde este punto de vista, en el otro polo social del capital. Para el capitalista, la empresa que él posee no es una empresa que produzca tal o

cual mercancía, sino una empresa que produce ganancia. Por eso está dispuesto a producir cualquier cosa, inclusive los medios de destrucción más terribles cuya utilización pueda tener consecuencias que recaigan también sobre él.

En tales condiciones, todo toma, a los ojos de los hombres, un doble carácter, una doble faz; lo que adquiere rasgos de limitación y de «desintegración» es, no sólo el mundo de los fenómenos que los rodean y que ellos mismos han creado, sino también su propia actividad y su propia conciencia.

Igualmente se asiste al mismo tiempo a la concentración de la cultura espiritual. Aunque las creaciones de esta última parece que existieran para todos, sólo una ínfima minoría dispone del tiempo y de las posibilidades materiales necesarias para obtener la instrucción deseable, enriquecer en forma sistemática sus conocimientos y dedicarse al arte. La inmensa mayoría de la población, sobre todo en el campo, debe conformarse con el mínimo de desarrollo cultural que necesita la producción de los valores materiales dentro del marco de las funciones de trabajo que le han sido impuestas.

Como la minoría dominante posee no sólo los medios de producción material sino también la mayor parte de los medios de producción y de difusión de la cultura espiritual, que ella se esfuerza porque sirvan a sus intereses, se produce una estratificación de la cultura en sí. Si en el campo de la ciencia que asegura los progresos de la tecnología, se asiste a un rápido aumento de los conocimientos positivos, en el de las ideas sobre el hombre y la sociedad, su naturaleza y carácter, las fuerzas que los mueven y sus perspectivas, así como en el campo de los ideales estéticos y morales, el desarrollo se produce de acuerdo con los lineamientos totalmente distintos. Por una parte, se observa la acumulación de valores intelectuales (concepciones, conocimientos e ideales) que encarnan lo que es verdaderamente humano en el hombre y que alumbran los caminos del progreso histórico. Esta línea refleja los intereses y las aspiraciones de la mayoría. Por otra parte, otra línea procura crear concepciones cognoscitivas, morales y estéticas que sirvan los intereses de las clases dirigentes y que justifiquen y perpetúen

el sistema social existente; que además aparten a las masas de su lucha por la justicia, la igualdad y la libertad, y que adormezcan y paralicen su voluntad. El choque de estos dos lineamientos engendra lo que se llama la lucha ideológica.

De modo que el proceso de alienación causado por el desarrollo de la división social del trabajo y las relaciones de propiedad privada, no sólo han apartado a las masas de la cultura espiritual, sino que también han dividido a esta misma cultura en elementos progresistas y democráticos, que sirven al progreso de la humanidad, y en elementos que obstaculizan el progreso cuando penetran en las masas y que forman el contenido de la sociedad.

La concentración y la estratificación de la cultura se producen no sólo dentro de cada país o nación. La desigualdad del desarrollo cultural es aún más evidente si se la considera a escala mundial, a escala de toda la humanidad.

Precisamente esta desigualdad es la que más se utiliza para justificar la división de los hombres en razas «inferiores» y «superiores». En este sentido, los esfuerzos más grandes se cumplen en los países donde las clases dirigentes tienen particular interés en justificar, en el plano ideológico, su derecho a someter a los pueblos atrasados desde el punto de vista económico y cultural. No ha de imputarse al azar el hecho de que el país en donde primero se procuró demostrar que estos pueblos se encuentran en un nivel biológico diferente y pertenecen a una variedad humana particular (subespecie) fue Inglaterra (Lawrence, G. Smith y, en la segunda mitad del siglo pasado, G. Kent y sus discípulos).

Tampoco se debió al azar que se comprobara un fuerte aumento de la propaganda racista en Estados Unidos en un momento en que nacía el movimiento por la liberación de los negros. He aquí lo que a este respecto escribía el demócrata revolucionario ruso Chernishevki (1828-1889):

«Cuando los colonos de los Estados del Sur empezaron a temer por su posición de propietarios de esclavos, las teorías en favor de la esclavitud tomaron con rapidez la forma que necesitaba

su lucha contra las ideas del partido que los amenazaba... En el plano de la palabra, de la prensa y de la ciencia dispusieron de fuerzas tan considerables que enseguida se continuaron en el plano militar.¹³ Se sabe, por último, que con el aumento de las pretensiones colonialistas de Alemania el racismo militante convirtióse cada vez más en la ideología de sus medios militaristas, hasta alcanzar su forma extrema en el fascismo.

Dos tipos de argumentos se utilizan para darle apariencia científica a la supuesta imperfección natural de las razas «inferiores»: los que atañen a la morfología comparativa y los de orden genético.

A la primera categoría pertenecen las insistentes tentativas de demostrar la presencia de diferencias anatómicas en el cerebro de los hombres que pertenecen a diferentes razas. Pero estas tentativas han fracasado de modo infalible. Así es como, por ejemplo, el volumen medio del cerebro de ciertas tribus negras ha demostrado ser, con motivo de investigaciones muy minuciosas, superior al volumen medio del cerebro de los blancos (escoceses). Igual es la situación por lo que hace al resultado de las investigaciones acerca de las particularidades de la estructura fina del cerebro. A este respecto, los hechos que menciona O. Klineberg en su libro sobre la psicología social¹⁴ son característicos: Bean, un colaborador del Instituto de Anatomía de la Universidad norteamericana John Hopkins, había publicado el resultado de experiencias que mostraban que las partes frontales de la corteza cerebral de los negros eran relativamente menos desarrolladas que las de los blancos, y que el cerebro de los negros poseía ciertas particularidades estructurales que venían a confirmar «el hecho establecido», según la expresión de Bean, de la inferioridad intelectual de los negros. Como a Mall, director del citado Instituto, no lo convencían los argumentos de Bean, investigó por su cuenta en la misma colección de cerebros, pero sin saber, a diferencia de Bean, cuáles pertenecían

¹³ N. Chernishevski, *O rassaj* (Acerca de las razas), en *Obras Escogidas*, t. X, Moscú, 1951.

¹⁴ O. Klineberg, *Social Psychology*, Nueva York, 1954.

a negros y cuáles a blancos. Así que Mall y sus colaboradores los clasificaron en dos grupos según los caracteres indicados por el propio Bean, y así que determinaron luego la raza de los individuos a que pertenecía cada uno de los cerebros, comprobóse que la distribución en aquellos dos grupos era casi idéntica. Las conclusiones de Bean quedaron, pues, invalidadas. «Es probable —subraya Klineberg— que, seguro de encontrar signos de inferioridad en los negros y sabedor, además, de los individuos a que pertenecían los cerebros, Bean "descubriese" entre ellos una diferencia que, de hecho, no existía.»

Consideremos ahora los argumentos de tipo genético. Su análisis es particularmente interesante, porque atañe de modo directo al problema del desarrollo cultural desigual de los diferentes pueblos. Están basados en la hipótesis del «poligenetismo». Este se limita a decir que las razas humanas tienen orígenes independientes, esto es, que provienen de diferentes antepasados. Así se explica una presunta diferencia insuperable entre ellas no sólo para el nivel ya alcanzado sino además para las posibilidades de desarrollo posterior. Pero el progreso de la paleontología humana ha hecho cada vez menos verosímil esta teoría, y la mayoría de los científicos contemporáneos adoptan una posición opuesta a ella. Admiten el origen común de todas las razas, que sólo son desde el punto de vista biológico, variantes de una sola especie; el *homo sapiens*. Esto es lo que muestra sobre todo, el hecho de que los caracteres raciales sean muy poco fundamentales y varíen fuertemente, y eso es lo que explica que el límite entre las diferentes razas no sea muy preciso y que haya entre ellas una imperceptible gradación. Los datos actuales muestran que en ciertas condiciones, como por ejemplo una migración a otras regiones geográficas, algunos de esos caracteres raciales pueden modificarse de modo harto sensible en el lapso de una sola generación. Otra prueba del origen común de las razas humanas la da el hecho de que ciertos *caracteres* raciales tomados por separado, cuyo conjunto constituye la especificidad de la raza, se encuentran en diferentes combinaciones en individuos de diferentes razas. Por último y esto tiene especial importancia, las principales particularidades del

hombre contemporáneo «acabado» (el alto nivel de desarrollo del cerebro y las relaciones correlativas entre los huesos craneanos y faciales, la estructura característica de la mano, las particularidades del esqueleto adaptado al andar erecto, el débil desarrollo del sistema piloso, etc.), son comunes a todas las razas humanas sin excepción.

Hay motivos para pensar que las diferencias entre las razas aparecieron cuando la humanidad primitiva, al distribuirse sobre la Tierra, se dividió en grupos separados que luego se desarrollaron bajo la influencia de condiciones naturales diferentes. Así adquirieron determinadas particularidades, que sólo tienen no obstante, significación adaptativa con relación a los factores naturales directamente actuantes (por ejemplo, la pigmentación de la piel provocada por la acción intensa de los rayos solares). El aislamiento de esos grupos reforzó, naturalmente, la acumulación hereditaria de ese tipo de particularidades biológicas, porque, como ya dijimos, la acción de las leyes de la herencia no cesa en forma total, sino sólo en lo que atañe a la consolidación y la transmisión de las adquisiciones sociales e históricas de la humanidad. Pero aquí es, justamente, donde se observan las mayores diferencias.

Resulta evidente que el relativo aislamiento y la diversidad de las condiciones y circunstancias del progreso económico y social pudieron crear, en grupos humanos establecidos en diferentes regiones del mundo, cierta desigualdad de desarrollo. Pero la diferencia enorme que existe entre el nivel material y cultural de las diversas razas y de los distintos pueblos no puede explicarse sólo por la acción de esos factores. En el curso del desarrollo de la humanidad se han visto aparecer y desarrollar con rapidez, en efecto, los medios de comunicación y los vínculos económicos y culturales entre los pueblos. Esto debería haber ejercido una acción opuesta, vale decir, provocar un igualamiento del nivel de desarrollo de los diferentes pueblos y llevar a los países atrasados al nivel de los más adelantados.

Puesto que la concentración de la cultura mundial no ha hecho, por el contrario, más que reforzarse, de manera que ciertos pueblos han sido sus principales receptores y, en otros esa cul-

tura ha sido asfixiada, quiere decir que las relaciones entre los países se han desarrollado, no sobre la base de la igualdad en el derecho, de la cooperación y de la ayuda mutua, sino sobre la de la dominación del más fuerte sobre el más débil.

La ocupación de los territorios, el saqueo de las poblaciones indígenas en los países atrasados y su posterior esclavitud, la transformación de estos países en colonias; todo provocó una detención de su desarrollo y una regresión de su cultura. Y ello se explica por el hecho de que esos pueblos fueron privados de las condiciones materiales más elementales, indispensables para el desarrollo de su cultura, y además porque se construyeron barreras artificiales que los separaron de la cultura mundial. Por mucho que los colonizadores siempre hayan recubierto sus verdaderos objetivos con frases acerca de su misión cultural y civilizadora, de hecho redujeron países enteros a la miseria intelectual. Y si alguna vez llevaron a las colonias ciertos valores culturales, estos fueron siempre valores ficticios que no representaban la verdadera cultura, sino sólo la espuma que navega en la superficie.

La concentración de la cultura y su apartamiento del hombre se han producido, por consiguiente, no sólo en la historia de determinados países, sino además, bajo una forma aún más franca, en la historia de la humanidad.

La consecuencia de esta alienación *de* la cultura ha sido la formación de un abismo entre las inmensas posibilidades abiertas por el desarrollo de la humanidad por una parte, y por otra, la pobreza y las limitaciones que, aunque en diversos grados, significan el desarrollo del individuo. No obstante, ese abismo no está destinado a existir por toda la eternidad, como tampoco han de ser eternas las relaciones socioeconómicas que lo engendraron. El problema de su total desaparición es lo que constituye el contenido del problema acerca de las perspectivas de desarrollo del hombre.

El problema del posterior desarrollo del hombre es uno de los que atraen la atención, con igual intensidad, del antropólogo, del psicólogo y del sociólogo. Para resolverlo se asiste al choque de las mismas concepciones —biológica y sociohistórica— que se oponen respecto de la naturaleza del hombre y de la solución de los demás problemas de la antropología histórica.

Es evidente que esa oposición no se desarrolló sólo en un plano puramente abstracto. Ambas concepciones atañen a problemas sociales importantes y sirven de fundamento a medios radicalmente opuestos para resolver aquéllos en la práctica.

Los partidarios de la primera concepción, puramente biológica —que considera el desarrollo del hombre como un proceso que continúa de modo directo la evolución biológica—, no quieren ver las modificaciones que se han efectuado en el tipo mismo de su desarrollo, durante la última etapa de la formación del hombre. Imaginan al hombre futuro extrapolando, lisa y llanamente, los cambios morfológicos que se produjeron en los períodos preparatorios y primitivos de la formación humana, y se valen, también, de la observación de variaciones de caracteres particulares en el hombre contemporáneo, que unos consideran, sin reserva alguna, como atávicas, y otros como progresivas y proféticas, es decir, como índices de la dirección del desarrollo ulterior.

De tal manera ha aparecido la idea de la transformación gradual del hombre contemporáneo en un ser nuevo. Distintos autores describen a este ser nuevo —el *homo sapientissimus*— de diferentes modos, pero siempre se lo representan de gran estatura, de cráneo más redondo y mucho más voluminoso que el del hombre contemporáneo, de rostro pequeño y chato, con un número menor de dientes y pies de cuatro dedos. Si se consideran sus características psíquicas, la principal sería una inteligencia poderosa y refinada. Por el contrario, sus sentidos se debilitarían.¹⁵

Es evidente que el aspecto esencial no estriba en estas concep-

¹⁵ H. Shapiro, «Man 500.000 years from now., en *Journal of the American Museum of National History*, n.º. 6, 1933-

ciones más o menos fantásticas sobre el hombre futuro, sino sobre el modo de ver las leyes motrices del desarrollo que se oculta en ellas, así como en las conclusiones, en el espíritu de «darwinismo social», que necesariamente se desprenden de aquél. Si se admite, en efecto, que la evolución del hombre se produce por el desarrollo de las propiedades concretas de la especie por vía de la herencia, sólo se puede intervenir en el curso de este proceso gracias a medidas que mejoren esas propiedades hereditarias. Y en esta idea se basa lo que se llama «la eugénica», es decir, la teoría del mejoramiento de la especie humana, que fue fundada a principios de nuestro siglo por F. Galton, autor del libro *El genio hereditario, sus leyes y consecuencias*.¹⁶

A fin de conservar y desarrollar las aptitudes humanas, los eugenistas solicitan que se tomen medidas tendientes a impedir que las personas y las razas «inferiores» se multipliquen y mezclen con los representantes superiores del género humano. Proponen que se fomente la reproducción de los representantes de las clases privilegiadas y de las razas superiores, y por el contrario, que se impida la de las capas inferiores de la población y de los pueblos «de color». También afirman que es indispensable recurrir a una selección sexual artificial tal cual se hace para el mejoramiento de las especies de animales domésticos. Los eugenistas más reaccionarios van más lejos y sostienen la necesidad de esterilizar y hasta de suprimir físicamente a las personas «hereditariamente deficientes» e incluso a pueblos enteros. Han visto en las guerras de exterminio uno de los mejores medios para mejorar al género humano. Como se sabe, estas concepciones bárbaras e inhumanas no han quedado sólo en el papel. Han hallado su aplicación práctica en los campos nazis de muerte y en los actos de violencia que cometen los colonialistas racistas contemporáneos. De ahí que la lucha contra esas concepciones y la denuncia de su esencia reaccionaria y antipopular no sólo tengan una importancia teórica y abstracta; además, son indispensables para despejarle el camino al

¹⁶ Fº Galton, *Hereditary genius, its Laws and Consequences*, Londres, 1869.

triumfo de las ideas de la democracia, de la paz y del progreso de la humanidad.

El porvenir de la humanidad es, en verdad, grandioso y está mucho más cerca de lo que creen aquellos que basan sus esperanzas en los cambios de su naturaleza biológica. Hoy por hoy, está a la vista; es la mañana de la historia de la humanidad.

El hombre no nace provisto de todas las adquisiciones históricas de la humanidad. Aquéllas que resultan del desarrollo de las generaciones humanas no están encarnadas en él, en sus disposiciones naturales, sino que se encuentran en el mundo que rodea al hombre, en las grandes obras de la cultura humana. Sólo después de todo un proceso de apropiación de estas adquisiciones —el cual se desenvuelve en el curso de su vida— puede el hombre adquirir de verdad propiedades y aptitudes humanas.

Ese proceso lo pone, por así decir, sobre los hombros de las generaciones anteriores y lo ubica muy por encima del mundo animal.

Pero en una sociedad dividida en clases, las más altas conquistas de la humanidad se encuentran, hasta por el reducido número de quienes pueden disponer de ellas, limitadas por la estrechez y el carácter obligatoriamente unilateral de su actividad. En cuanto a la inmensa mayoría de los hombres, la apropiación de tales adquisiciones sólo es accesible en una proporción miserable. Ya hemos visto que ese es el resultado del proceso de alienación que se efectúa tanto en el campo económico como en el cultural de la vida humana. Y hemos visto también, que la supresión de las relaciones sociales basadas en la explotación del hombre por el hombre —que son las que engendran aquel proceso— es lo único que puede disipar la alienación y devolverle al hombre, su naturaleza humana en toda su plenitud y su diversidad.

Pero el desarrollo de todas las actitudes humanas ¿es en el hombre un ideal accesible? Es tan grande la fuerza del prejuicio clavado en las mentes que atribuye el desarrollo intelectual del hombre a fuentes internas, que ella induce a considerar ese

desarrollo con la cabeza gacha; la condición para la formación de aptitudes científicas no sería la asimilación de las adquisiciones de la ciencia, sino que esta asimilación estaría condicionada por las aptitudes científicas; la condición para el desarrollo del talento artístico no sería la asimilación del arte, sino que la adquisición del arte estaría condicionada por el talento artístico. De ordinario se recurre a los hechos que muestran la aptitud de unos y la completa ineptitud de otros para tal o cual actividad. Ni siquiera se busca la fuente de estas aptitudes, y existe la costumbre de tomar el carácter espontáneo de su aparición como una cosa innata. Pero ahora contamos con pruebas irrefutables para demostrar que las aptitudes y en particular aquéllas cuya índole está muy oculta, como por ejemplo las aptitudes musicales, aparecen en el curso de la vida. Tal es lo que prueba la experiencia consistente en proporcionar una educación musical temprana a un gran conjunto de niños no seleccionados antes. Éxito al ciento por ciento. Y tal es la experiencia a la que se aplica, hace ya muchos años, M. Kravets en la escuela musical para niños Chkalov, cerca de Moscú. Análogos resultados ha obtenido en Japón el pedagogo y psicólogo S. Sudzuki, quien comenzó en 1948 a efectuar un trabajo experimental sistemático con numerosísimos niños pequeños. Baste con decir que la orquesta que ha formado se compone de mil pequeños violinistas.¹⁷

El verdadero problema no consiste, por lo tanto, en las aptitudes o ineptitudes de las personas para asimilar la cultura humana, para hacer de ellas adquisiciones de su personalidad y contribuir a su enriquecimiento. El verdadero problema consiste en que cada hombre, en que todos los hombres y todos los pueblos, obtengan la posibilidad práctica de tomar el camino de un desarrollo ilimitado. Tal es el objetivo glorioso que ahora la humanidad, encaminada hacia el progreso se propone. Este objetivo puede alcanzarse. Pero sólo es posible en condiciones que puedan realmente liberar a los hombres de la carga de la

¹⁷ A. Leontiev, «Lo biológico y lo social en el psiquismo humano», en *Vo-prossy psijologuii*, 1960, 6; S. Sudzuki, *Los hombres y el talento* (en japonés), Ed. Kobunsa, 1958.

necesidad material, suprimir la mutilante división entre el trabajo manual y el intelectual y crear un sistema de enseñanza que asegure su desarrollo multilateral y armonioso, que dé a cada cual la posibilidad de participar, de un modo creador, en todas las manifestaciones de la vida humana.

Y así ha de ser el hombre de mañana.